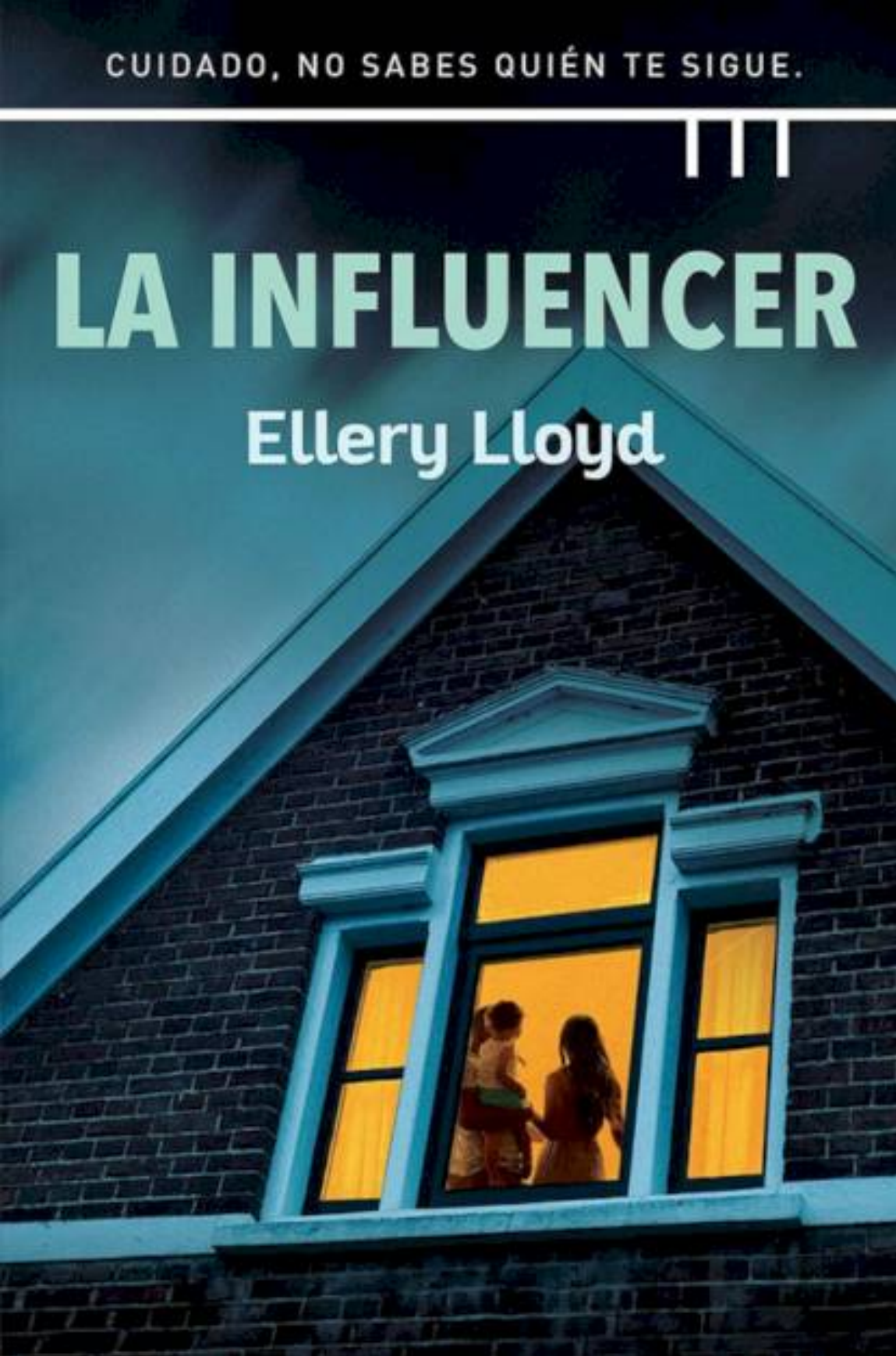


CUIDADO, NO SABES QUIÉN TE SIGUE.

III

LA INFLUENCER

Ellery Lloyd



Emmy Jackson es más conocida como @mama.sin.secretos para su legión de seguidores online. Es la insta-mamá que dice las cosas como son: todo, desde los pechos a punto de explotar hasta consejos para la falta de sueño de los padres.

Para su escéptico marido no es la gran escritora que parece ser, después de todo es él quien ha publicado libros. La realidad es que su esposa es una excelente influencer, ha logrado transformar su vida en contenidos para redes sociales de manera brillante y es ella quien sostiene la casa. El matrimonio de Emmy empieza a ceder bajo las exigencias de la vida online. Ya no tiene privacidad y sus principios comienzan a tambalearse.

Un peligro muy real acecha a su familia. Hay alguien que se mueve entre las sombras, sigue cada uno de sus movimientos y lee todas las publicaciones de Emmy en internet. Ella se ha vuelto su obsesión. Es objeto de un profundo odio y víctima de un plan intrincado y cruel que busca destruirla por completo.

Críticas

“Las redes sociales nunca han sido tan oscuras ni tan atractivas como en esta historia. Un vistazo inquietante al mundo de las personas influyentes y cómo afecta a sus familias, *La Influencer* me enganchó hasta su asombroso final”.

– Samantha Downing,
escritora bestseller de *USA Today*.

“Es una novela de suspense, estimulante e inteligente. Admito que sospeché de todos. Una lectura realmente brillante, refrescante y original”.

– Karen Hamilton,
autora de *La novia perfecta*.

“Un thriller doméstico que nos muestra como ser una celebridad en las redes sociales puede convertirse en una amenaza mortal. Por momentos algunas de las decisiones de la protagonista nos producen rechazo, pero eso es lo que vuelve al personaje más humano”.

– Lucila Quintana, editora.

PRÓLOGO

CREO QUE ES POSIBLE QUE me esté muriendo.

De todos modos, ya desde hace un tiempo siento como si la vida me pasara por delante de los ojos.

Mi primer recuerdo: es invierno, a comienzos de la década de 1980. Llevo puestos unos mitones, un gorro mal tejido y un enorme abrigo rojo. Mi madre me arrastra por el jardín en un trineo azul de plástico. Luce una sonrisa rígida. Parezco estar completamente congelada. Recuerdo el frío que sentía en las manos con esos mitones, los bandazos que daba el trineo en cada hoyo o montículo, el crujido de la nieve bajo las botas de ella.

Mi primer día en el colegio. Llevo una cartera de cuero marrón, con mi nombre escrito en una tarjeta que asoma por una ventanita de plástico. *EMMELINE*. Uno de mis calcetines, de color azul marino y largos hasta la rodilla, está caído alrededor del tobillo; llevo el cabello atado en dos coletas de un largo ligeramente desigual.

Polly y yo a los doce años. Estamos pasando la noche en su casa, con pijamas a cuadros, mascarillas cosméticas de barro en la cara, esperando que las palomitas de maíz estallen dentro del microondas. Nosotras dos, algo mayores, en el vestíbulo de su casa, listas para ir a la fiesta de Halloween donde me dieron el primer beso. Polly disfrazada de calabaza. Yo, de gata sensual. Otra vez nosotras, en un día de verano, con vaqueros y botas Doc Martens, sentadas con las piernas cruzadas en un maizal seco. Con vestidos de tirantes y gargantillas, listas para nuestro baile del

instituto. Un recuerdo detrás de otro, una y otra vez, hasta que comienzo a preguntarme si puedo pensar en algún recuerdo individual de mi adolescencia, emocionalmente significativo, en el que no esté Polly, con su sonrisa torcida y sus poses torpes.

Solo cuando me detengo en ese pensamiento, me doy cuenta de lo triste que resulta ahora.

De los veinte a los veinticinco años, todo está bastante borroso. Trabajo. Fiestas. Bares. Comidas en el campo. Vacaciones. Para ser sincera, de los veinticinco a los treinta y pocos, los bordes también están borrosos.

Hay cosas que nunca olvidaré.

Dan y yo en un fotomatón, en nuestra tercera o cuarta salida. Tengo el brazo alrededor de sus hombros. Los dos con una frescura absurda en la cara. Él está increíblemente guapo. Nuestro gesto de enamorados raya en lo ridículo.

El día de nuestra boda. El guiño que le hago a una amiga detrás de la cámara mientras pronunciamos los votos, la expresión solemne de Dan cuando me coloca el anillo en el dedo.

La luna de miel: ambos bronceados y felices en el bar de una playa de Bali al atardecer.

A veces, me cuesta creer que en otra época fuimos así de jóvenes, así de felices, así de inocentes.

El momento en que nació Coco, furiosa y dando gritos, blancuzca y pegajosa a causa de esa sustancia que cubre a los recién nacidos. Grabada en mi memoria para siempre, esa primera impresión de su carita arrugada. El peso de nuestros sentimientos.

Coco, cubierta de confeti de una piñata, riendo, en la fiesta de su cuarto cumpleaños.

Mi hijo León, de quince días, demasiado pequeño para el pijamita que lleva puesto, en brazos de su hermana, que sonrío.

Solo ahora me percató de que lo que estoy viendo no son recuerdos verdaderos, sino recuerdos de fotografías.

Días enteros reducidos a una única imagen estática. Relaciones enteras. Épocas enteras.

Y siguen llegando. Los fragmentos. Las fotografías. Una y otra, y otra, cayendo cada vez más rápido por mi mente.

León gritando en su portabebés.

Cristales rotos en el suelo de la cocina.

Mi hija en una cama de hospital, hecha un ovillo.

La primera plana de un periódico.

Quiero que esto se detenga. Algo va mal. Hago el esfuerzo de despertar, de abrir los ojos, pero no puedo, me pesan demasiado los párpados.

No es tanto la idea de morir lo que me angustia, sino que tal vez no vuelva a ver a ninguna de estas personas; todas las cosas que no tendré la oportunidad de decirles. Dan: te amo. Mamá: te perdono. Polly: espero que puedas perdonarme. León... Coco...

Tengo la horrible sensación de que algo espantoso está a punto de suceder.

Tengo la horrible sensación de que es todo culpa mía.

SEIS SEMANAS ANTES

CAPÍTULO 1

Emmy

EN NINGÚN MOMENTO PLANEÉ CONVERTIRME en una Instamamá. Durante mucho tiempo, ni siquiera supe si llegaría a ser madre. Pero ¿quién de nosotros puede decir con franqueza que su vida ha evolucionado de la misma manera en que la imaginó?

Últimamente puede que no sea más que una vaca lechera, limpiadora profesional de traseros de dos chiquillos traviosos, pero si rebobinaran cinco años para atrás diría que era lo que llamarían una apasionada de la moda. No presten atención al tic nervioso que tengo en el ojo por el agotamiento absoluto e imaginen que, en vez de llevar mi melena pelirroja atada en este moño descuidado de madre, la tengo elegantemente peinada de peluquería. Cambien el colorete Ruby Woo de MAC aplicado con prisas por un maquillaje que realce el contorno, delineador líquido en los ojos y pendientes audaces: como los que mi hija de tres años usaría ahora para disfrazarse. Añádanle a todo eso unos vaqueros ajustadísimos y una blusa de seda de Equipment.

Cuando era editora de moda, tenía el trabajo con el que había soñado desde que era una adolescente de pelo problemático, dientes de conejo y mofletitos infantiles; me encantaba mi trabajo, de verdad. Era lo que siempre había querido hacer, como podría contarles mi mejor amiga Po-

lly: la santa, dulce Polly. Tengo suerte de que todavía me hable después de las horas que pasé obligándola a ser la fotógrafa de mis sesiones imaginarias, o a desfilarme por senderos de jardín convertidos en pasarelas, con los tacones de mi madre, en aquellas tardes en las que fabricábamos revistas propias con ejemplares amarillentos del periódico *Daily Mail* y una barrita de cola adhesiva. (Yo era siempre la editora, por supuesto.)

Entonces... ¿cómo he hecho para llegar desde allí hasta aquí? Ha habido momentos –cuando limpio caca de recién nacido o cocino interminables ollas de puré pegajoso – en los que me he hecho la misma pregunta. Siento como si hubiera sucedido en un instante. De pronto, estoy con accesorios Fendi, en la primera fila del desfile de la Semana de la Moda de Milán, y un minuto después estoy en pantalones de chándal, tratando de evitar que un niño pequeño tire abajo el lineal de cereales de la tienda Sainsbury.

Para ser completamente franca con ustedes, el cambio de carrera de experta de moda a madre agobiada fue un accidente feliz, nada más. El mundo comenzó a perder interés por las revistas de papel cuché llenas de gente guapa, así que, debido a que los presupuestos se acortaban y los lectores disminuían, justo cuando comenzaba a trepar por el escalafón profesional, me lo quitaron de debajo de un puntapié. Y, luego, encima de todo lo demás, descubrí que estaba embarazada.

Maldita internet, pensé. Me debes una carrera nueva, y va a tener que ser algo que pueda construir alrededor de un bebé.

Fue así como comencé con el blog y los vídeos; elegí el nombre “Descalza” porque mis tacones venían con guarnición de confesiones. ¿Y saben qué? Si bien me llevó un tiempo adaptarme, disfruté mucho conectándome en tiempo real con mujeres parecidas a mí.

Adelantemos la película a los primeros meses después del parto; en las 937 horas que pasé con el trasero hundido en el sofá, mi amada Coco colgando de mis pechos lechosos y

el iPhone en la mano como única conexión con el mundo exterior, la comunidad de mujeres que conocí en internet se convirtió en un verdadero salvavidas. Y si bien el blog y el videoblog fueron mis primeros amores online, lo que me salvó de hundirme sin remedio en el pantano del puerperio fue Instagram. Cada vez que entraba en Instagram y veía un comentario de otra madre en situación similar, sentía como si me hubieran dado un apretón reconfortante en el brazo. Había encontrado a mi gente.

Fue así como poco a poco fueron saliendo de la escena los tacones Louboutin y entró un ser humano diminuto. Descalza se transformó en MamáSinSecretos, porque soy una madre que quiere sonreír y no ocultar nada, por feo que sea. Y créanme, este viaje se tornó todavía más loco desde que nació mi segunda maquina de eructar, León, hace cinco semanas. Ya se trate de un apósito mamario confeccionado con servilletas de Happy Meal o de una ginebra bebida a escondidas junto al columpio, no les voy a contar otra cosa que la verdad desnuda... aunque tal vez tenga migas de palitos de queso por encima.

Los haters dicen que Instagram solo muestra vidas perfectas, doradas, filtradas y presentadas en cuadraditos, ¿pero quién tiene tiempo para esas tonterías cuando un niño recubierto de ketchup se le cuelga de la pierna? Y cuando la cosa se pone difícil, en internet o en la vida real, cuando se me cruzan los cables, se me vuelca la comida y me siento perdida, recuerdo que estoy haciendo todo esto por mi familia. Y, por supuesto, por la tribu increíble de otras mamás de redes sociales que me apoyan siempre, sin fijarse en cuántos días hace que llevo puesto el mismo sujetador para amamantar.

Ustedes son el motivo por el que empecé con #díasgrises, una campaña en la que compartimos historias reales y organizamos encuentros reales para hablar de nuestras batallas con los momentos oscuros de la maternidad. Ni que hablar de que una parte de las ganancias de los productos #díasgrises que vendemos es para contribuir a la conversación sobre la salud mental maternal.

Si tengo que describir lo que hago ahora, ¿me odiarían si digo que soy una mamá de actividades múltiples? Es un nombre que confunde a la pobre Joyce, mi vecina de al lado. Ella entiende lo que hace PapáSinSecretos: escribe novelas. ¿Pero yo? Es una expresión horrible, ¿no creen? ¿Animadora? ¿Alentadora? ¿Provocadora de impacto? ¿Quién lo sabe? Y, además..., de verdad, ¿a quién le importa? Yo hago lo mío, comparto mi vida familiar sin filtros y, si tengo suerte, abro una discusión más auténtica sobre la maternidad.

Construí esta marca con sinceridad y siempre les voy a decir las cosas como son.

Dan

Patrañas.

Patrañas patrañas patrañas patrañas patrañas.

He oído a Emmy dar esta misma charla tantas veces que, por lo general, ya he dejado de darme cuenta de que es una sarta extraña de invenciones, disparates y verdades a medias. Una mezcla fluida de cosas que podrían haber sucedido (pero no sucedieron) con cosas que sí sucedieron (pero no de ese modo) y con momentos que ella y yo recordamos de modo muy diferente (por decirlo de alguna manera). No sé por qué, pero esta noche es distinta. No sé por qué, esta noche, mientras habla, mientras le cuenta al público su historia, una historia que en buena parte es también *nuestra* historia, me he puesto a tratar de contar cuántas de las cosas que está diciendo son exageradas o están distorsionadas o agrandadas más allá de toda proporción.

Me doy por vencido al cabo de unos tres minutos.

Creo que debería aclarar algo. No estoy diciendo que mi mujer sea mentirosa.

El filósofo estadounidense Harry G. Frankfurt ha hecho una célebre diferenciación entre mentiras y patrañas. Las mentiras, en su opinión, son falsedades cuya intención deliberada es la de engañar. Las patrañas, en cambio, las dice la persona a la que no le interesa en absoluto si lo que está diciendo es verdadero o falso. Ejemplo: mi mujer jamás se fabricó un apósito mamario con servilletas de Happy

Meal. Dudo que en su vida haya estado cerca de un Happy

Meal. No tenemos una vecina de al lado llamada Joyce. Si las fotografías que están en la casa de su madre son testimonio fiel, Emmy era una adolescente delgada y llamativamente atractiva.

Tal vez, a cada matrimonio le llega el momento en que ambos comienzan a verificarse mutuamente las anécdotas que cuentan en público.

Tal vez, hoy estoy raro.

No se puede negar, desde luego, que mi mujer es buena en lo que hace. Es asombrosa, de hecho. Aun después de las veces en que la he visto ponerse de pie y hacer lo suyo —en eventos como este por todo el país, en salas municipales de pueblos, en librerías, en cafeterías y en espacios compartidos de trabajo desde Wakefield hasta Westfield—, aun conociendo como conozco la relación que existe entre la mayoría de lo que dice y los hechos que realmente sucedieron, no se puede negar que tiene capacidad para conectar con la gente. Para provocar una risa de complicidad. Cuando llega a la parte de la ginebra bebida a escondidas, una mujer de la última fila ríe a carcajadas. Es una persona con la que es fácil vincularse, mi mujer. A la gente le cae bien.

Su agente va a alegrarse de que haya dicho la parte sobre los días grises. Perdón. El *hashtag* díasgrises. Más temprano, cuando entrábamos, vi por lo menos tres personas con la sudadera azul con #díasgrises y el logo de MamáSinSecretos en la espalda y el eslogan *Sonríe y Cuéntalo* en la parte delantera. A propósito: el logo de MamáSinSecretos es un dibujo de dos pechos con la cabeza de un bebé en medio. Yo personalmente habría elegido el otro logo, el que tenía a la mamá osa con su cachorro. Se me denegó. Ese es uno de los motivos por los que siempre me he resistido a las sugerencias de Emmy en cuanto a que yo también debería ponerme la sudadera cuando

asisto a este tipo de eventos, y un motivo la razón por la que la mía siempre queda accidentalmente olvidada en casa: en otro bolso, tal vez, o en la secadora, o sobre las escaleras, donde la había dejado para no olvidarla esta vez. Todo tiene un límite. Alguna admiradora o seguidora inevitablemente nos pediría hacerse una fotografía con nosotros y la subiría de inmediato a su Instagram, y no tengo ningún interés en quedar inmortalizado online luciendo una sudadera con un dibujo de pechos.

Me gusta creer que todavía me queda algo de dignidad.

Estoy aquí esta noche, como siempre, estrictamente como apoyo logístico. Soy el que ayuda a llevar las cajas de *merchandising* de Mamá desde el taxi y el que trata de no hacer una mueca de disgusto cuando la gente dice cosas como "merchandising de Mamá". Vengo a echar una mano para servir refrescos y repartir magdalenas al comienzo de la velada; soy el que interviene y rescata a Emmy cuando queda atrapada demasiado tiempo conversando con alguien, o se le acerca una persona extraña. Si el bebé empieza a llorar, estoy entrenado para subir a escena y quitárselo con cuidado de los brazos y hacerme cargo, aunque hasta ahora, esta noche, ha sido un ángel, el pequeño León, nuestro bebé de cinco semanas; succiona en silencio, ajeno a lo que lo rodea, al hecho de estar sobre un escenario y, básicamente, a todo salvo el pecho que tiene delante. De tanto en tanto, en la sección de preguntas y respuestas que hay al final de la velada, cuando alguien le pregunta a Emmy si tener un segundo hijo ha alterado la dinámica familiar o cómo hacemos para mantener encendida la llama en nuestro matrimonio, Emmy reirá y señalará el lugar donde estoy sentado entre el público y me invitará a que la ayude a responder a la pregunta. A menudo, cuando alguien pregunta sobre la seguridad de internet, Emmy me cede la palabra para que explique las tres reglas de oro que cumplimos siempre que publica-

mos fotografías de nuestros hijos online. Regla uno: nunca mostramos nada que pueda revelar dónde vivimos. Regla dos: nunca mostramos a ninguno de los dos niños en la bañera, ni desnudo, ni sentado en el orinal, y nunca mostramos a Coco en traje de baño ni con cualquier prenda que pueda ser considerada sensual en un adulto. Regla tres: vigilamos con atención quiénes siguen la cuenta y bloqueamos a cualquiera que nos genere dudas. Son todos consejos que nos dieron al principio, cuando consultamos con expertos.

Con todo, sigo teniendo mis reservas en cuanto a todo esto.

¿La versión de los acontecimientos que Emmy relata siempre, en la que comenzó con un blog sobre maternidad como forma de contactarse y ver si había alguien más que estaba pasando por lo mismo que ella? *Patrañas totales*, me temo. Si realmente creen que mi mujer comenzó a hacer esto de manera accidental, significa que no la conocen en absoluto. A veces, me pregunto si Emmy alguna vez hace algo de forma accidental. Recuerdo muy bien el día en que tocó el tema del blog por primera vez. Yo sabía que había quedado con alguien para comer, pero solo más tarde me enteré de que la persona con la que se había reunido era una agente. Estaba embarazada de tres meses. Habían pasado solamente un par de semanas desde que le habíamos dado la noticia a mi madre. ¿Una agente?, pregunté. De verdad creo que no se me ocurrió hasta ese momento que las personas que escribían online podían tener agentes. Debería haberseme ocurrido.

Muchas veces, en la época en que trabajaba en revistas, Emmy volvía a casa y me contaba cuánto le pagaban a una influencer idiota para escribir cien palabras de tonterías y posar para una fotografía, o ser anfitriona de algún evento, o decir bobadas en su blog. Solía mostrarme la copia que le enviaban. El tipo de prosa que te hace preguntarte si tú o la persona que la escribió habéis sufrido